

# Semana de la Palabra

## Domingo 22 de septiembre de 2024, XXV del Tiempo Ordinario-Ciclo B

### Sugerencias litúrgicas

En este día se invita a cuidar de modo particular la primera parte de la celebración eucarística, para resaltar la importancia de la liturgia de la palabra.

Como elementos concretos se sugiere la utilización del Evangelionario, que puede ser llevado en la procesión de entrada por el diácono u otro ministro, colocándolo encima del altar hasta el canto del Aleluya. Este gesto, presente en la liturgia desde hace siglos ha tratado de mostrar la unidad entre las dos partes de la misa, la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística. Donde no se haga ya habitualmente, puede cantarse, si es posible, el salmo responsorial.

Asimismo, pueden utilizarse cirios e incienso durante la proclamación del Evangelio, resaltando ritualmente que es el mismo Señor el que se hace presente en ese momento en medio de la comunidad y anuncia su Evangelio. Puede entonarse el saludo “El Señor esté con vosotros” y la aclamación final “Palabra del Señor”. El subrayado de estos elementos pone de manifiesto que el cristiano no se acerca a la Sagrada Escritura buscando únicamente unos datos o conocimientos, sino queriendo escuchar la voz de Dios que aquí y ahora nos habla de un modo eficaz y concreto. En este día se anima especialmente a cuidar el breve espacio de silencio tras cada lectura y al finalizar la homilía. De este modo permitimos que la palabra de Dios sea acogida interiormente por quien la escucha.

### **Monición de entrada**

Con esta celebración eucarística comenzamos una semana en la que queremos ponernos como Iglesia diocesana ante la palabra de Dios, para que sea ella quien, a través de la presencia y la acción del Espíritu Santo, nos impulse como comunidad a conocer mejor la voluntad del Señor en este nuevo curso que comenzamos. Nuestro obispo nos pide que en estos días nos detengamos un momento para poner ante el Señor la actividad que comenzamos en nuestras parroquias y comunidades. De este modo, la palabra del Señor puede darnos mayor vigor para abrir nuestros oídos y nuestros corazones a la voluntad del Señor y así afrontar el nuevo curso dispuestos a escucharla, meditarla, anunciarla, celebrarla y vivirla.



## Bendición y aspersion del agua bendita

En este día, en lugar del acto penitencial, se sugiere comenzar la celebración con el rito de bendición y aspersion del agua bendita. Haciendo memoria de nuestro bautismo, reconocemos que no venimos al templo como individuos aislados, sino como miembros de una asamblea litúrgica que se abre a escuchar y celebrar la salvación que Dios nos anuncia a través de su Palabra.

## Sugerencias para la homilía

El libro de la Sabiduría, del cual son tomados los versículos que este domingo se leen como primera lectura, aborda como tema central la condena a muerte del justo. Sin duda, todo el Antiguo Testamento va a hacer referencia a Jesucristo, con innumerables pasajes que se pueden comprender sin velo alguno como profecía de la suerte del Hijo de Dios, ya sea sobre su misión evangelizadora como, ante todo, sobre su destino último: su pasión, muerte y resurrección. En efecto, las palabras que Jesús dirige a sus discípulos en el Evangelio: «El Hijo del hombre va a ser entregado [...] lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará», han de ser hoy interpretadas a partir de los ultrajes, tortura, condena a muerte ignominiosa, pero también de la salvación final llevada a cabo por Dios, que es el destino que el libro de la Sabiduría contempla para el «justo».

Al igual que la figura del «justo», que nos presenta la Escritura, también la presencia y gestos del Señor resultaban molestos para muchos de quienes conocieron a Jesús y se sentían interpelados o denunciados por el mensaje y la vida del Maestro. Así pues, estamos en la sección central de los anuncios que el propio Jesús realiza de su propia pasión, y el evangelio de este día nos va a permitir introducirnos en el significado de entregar la vida y hacerlo desde el servicio, sin buscar nada a cambio.

**Vemos así, cómo todo el Antiguo Testamento nos prepara para la plenitud de los tiempos.**

La novedad de Jesucristo, con respecto a los distintos personajes anteriores a él que aparecen en las Escrituras, estriba en que su vida misma es el gran testimonio y el modelo para los demás. Si bien a lo largo de las páginas de la Biblia hallamos ejemplos intachables de conducta y de vida entregada al anuncio de la salvación, a menudo es puesta de manifiesto la fragilidad moral y los graves errores de estas personas. Lo mismo sucede en la vida de la Iglesia. Nadie, salvo el Señor, puede ser considerado en sentido estricto como «justo», debido a que incluso el itinerario personal de algunos de los santos más célebres de la historia ha visto a menudo antes de su conversión momentos de especial alejamiento de la voluntad de Dios. Con todo, el hecho de mirar hacia el Señor **y escuchar su palabra** es lo que también hoy en día sigue animando a tantos a levantar la mirada ante las dificultades o persecuciones por anunciar y vivir en la verdad.



Si el actuar el Señor fomentaba el malestar de sus contemporáneos, conducirse conforme a Cristo genera con no poca frecuencia un rechazo por parte de quienes están dominados por la mundanidad. Desde esta óptica se debe comprender el martirio no como el fracaso de quienes sufren la injusticia o la intolerancia de una sociedad determinada en un momento dado, sino como una llamada del Señor que lleva a algunas personas a configurarse radicalmente con él, compartiendo un mismo fin y suerte, llevando hasta el extremo la entrega e identificación con Cristo.

A pesar de que el anuncio del Señor no deja lugar a duda sobre el destino del Señor, la reacción de los discípulos refleja una marcada visión mundana sobre lo que implicaba ser un verdadero seguidor del Señor.

La polémica sobre quién era el más importante constata de modo nítido la diferencia entre pensar como los hombres y pensar según Dios. En nuestro día a día también a nosotros se nos pide permanecer atentos frente a la tentación de creer que somos más importantes cuando gozamos de mayor reconocimiento o aplauso, incluso aunque sea motivado por haber realizado un servicio a los demás. Con demasiada facilidad se nos puede introducir la tentación del aparentar o vivir de la apariencia. Este pasaje evangélico nos propone, por el contrario, una vida desde un verdadero servicio que no busca jamás ningún reconocimiento, y una entrega total hacia aquellos de quienes por su debilidad y pobreza nunca recibiremos elogio público alguno. **En definitiva, acoger la palabra de Dios de este domingo nos dispone a afrontar el nuevo curso desde una apertura una entrega y un servicio que no depende de nuestras propias fuerzas, sino, en gran medida de nuestra correspondencia a lo que el Señor nos ha concedido haciéndonos miembros de su Iglesia y discípulos suyos.**

### **Oración de los fieles - (Se pueden incluir estas dos intenciones)**

—Por nuestra Iglesia de Madrid, para que iniciemos el nuevo curso acogiendo la palabra de Dios y sea ella quien nos impulse a anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Roguemos al Señor.

—Para que, a través de la escucha de la Palabra, el Espíritu Santo llene los corazones de todos los cristianos, sea fermento de comunión y nos conceda el don de la unidad. Roguemos al Señor.

